FL 03 72

Lengua y literatura griegas. Guión número 2. Homero. Técnicas de composición.

El nombre de Homero nos evoca siempre la figura de un genio, que se perfila borrosa en la lejanía de los tiempos y que inspira el mayor respeto. Sin embargo, es necesario conocer un poco los profundos sistemas del arte homérico para que este respeto se convierta en estimación consciente de este poeta, auténtico monstruo de las letras universales. Las leyes de la poesía homérica vienen dictadas por las circunstancias que le acompañaban.

Ante todo, era originariamente una poesía oral de carácter popular y destinada a celebrar las gestas del pueblo. Hay que añadir que el autor de estos poemas no es un verdadero profesional, como se concibe en nuestros días, sino que esta poesía está marcada por el genio del pueblo que se siente palpitar de manera singular al contacto con sus propios hechos o con su historia. Es poesía para ser recitada de memoria y con frecuentes interpretaciones, siempre válidas desde el punto en que no hay un texto que se pueda considerar canónico.

Esto hace que el poeta y los intérpretes recurran a menudo a fórmulas comunes que se insertan a lo largo de la narración. Esta dicción formular se concreta en el empleo de epítetos fijos aplicados a los distintos personajes y a la inclusión de frases que se repiten con cierta periodicidad, adaptados a las necesidades métricas de cada periodo. El cantor Oaedo no relata un texto escrito y aprendido de memoria de antemano, sino que ha de improvisar valiéndose de fórmulas consagradas y conocidas de todos, que expresan lo más gráficamente posible el tema que se quiere relatar.

Es uno de los efectos más chocantes para el que lee por vez primera Homero. Sin embargo, nada de monotonía en las repeticiones ni de pobreza en este recurrir a lugares comunes. Es este medio uno de los caracteres más ricos de la épica homérica.

Veamos cómo se manifiesta el genio extraordinario del poeta en la selección de estos epítetos y la riqueza expresiva de los mismos hasta el punto de quedar, así, eternizados. Algunos están dedicados a los griegos en general. Otras veces alude a un personaje concreto, y en este capítulo destacan los consagrados aquiles, al que califica de en función de acusativo de relación.

El veloz en cuanto a los pies, si quisiéramos darle una traducción literal. En ocasiones, el nombre de Aquiles suele ir acompañado del adjetivo peleiades o peleides, según la métrica lo exija, para indicar el linaje. Este adjetivo significa pelida o hijo de peleo.

A Héctor se le llama corizáyolos, el de yelmo o refulgente. Es un epíteto compuesto del sustantivo coris, corizos, que significa yelmo, y del adjetivo ayolos, que tiene el valor de brillante o refulgente. En determinadas ocasiones Héctor es calificado de androfonos, asesino o matador de guerreros, cuando se necesita aludir a su valor en la pelea.

Agamenón, que es el jefe de la expedición Aquea contra Troya, es llamado… Anax andrón, caudillo de guerreros. Agamenón y Menelao son denominados conjuntamente… Cosmétore laón, conductores de pueblos. También las figuras menos importantes son caracterizadas en la epopeya por medio de epítetos que se les aplican siempre.

Así, Diomedes presenta invariablemente junto a su nombre… Boen agazós Diomedes, el valiente por su grito de combate. Con un acusativo de relación, como en el caso de podas o kyus, a que antes nos referíamos. La repetición de los epítetos alcanza igualmente a los dioses.

A Zeus le llama Homero… Aiguiojos, portador de la égida. Y en otros lugares… Nefeleguereta, amontonador de nubes. Una divinidad tan importante en el desarrollo de la acción épica como Atenea, es calificada de… Glaucopis, de ojos de lechuza.

Hera, esposa de Zeus, recibe el calificativo de… Leucólenos, la de blancos brazos. Con este epíteto se califica también a Andrómaca y a otras mujeres del poema. Poseidón, divinidad subterránea, es llamado… Gaiéojos, el que sacude la tierra.

Y así una infinidad de adjetivos y construcciones aplicadas a todo tipo de personajes. El poeta épico acude también a unidades mayores cuando trata de reproducir escenas típicas, como el acto de armarse un guerrero. Se describen los distintos momentos en el mismo orden y con los mismos elementos.

Veamos, por ejemplo, el canto segundo de la Ilíada, a partir del verso 15. El de Atreo también lanzó su grito y mandó que se ciñeran los saqueos, y él mismo se vistió fulgente bronce. En torno de las piernas se calzó lo primero bellas grebas, con argente a cebillas ajustadas.

Luego calose al pecho la coraza que otrora, por regalo de homenaje, dádole a vía cínaras, pues a Chipre llegó la gran noticia de que a punto ya estaban los saqueos de marchar con su escuadra rumbo a Troya. Por ello, su regalo lo hizo Cínaras por congraciarse con el rey supremo. Exhornada de diez franjas está, de negro esmalte, doce, de oro y de blanco estaño, veinte.

Azulados dragones hacia el cuello se lanzan impetuosamente, tres a una y otra banda, semejantes a los iris, que el de Cronos asienta en una nube, por señal de los míseros mortales. A los hombros terciose ya la espada, en cuyo pomo clavos de oro fulgían, y cuya vaina, pura plata, pendía del dorado talabarte. Luego embrazó el valiente escudo, el bello escudo con mil primores que le protege el cuerpo entero, diez círculos de bronce le dan vuelta, más los veinte bollones que lo exhornan, blanco estaño y otro más en el centro, negro esmalte.

Sobre él está Gorgona, faz horrible, coronada, y su sola mirada espanto pone, y con ella, terror y fuga en torno. Una argéntea correa partía del escudo, y en la misma una oscura serpiente se enroscaba con sus cabezas, tres entretejidas, que del único cuello le arrancaba. El yelmo ya se cala a la cabeza de crines de caballo, con dos cimeras y bollones, cuatro, y espantosa tremola por arriba, su penacho.

Par de lanzas fornidas toma al cabo de bronce guarmecidas, afiladas, cuyo bronce fulguraba a lo lejos hasta el cielo, y hasta Atenea y Hera en honor retumbaron del potente rey de Micenas, rica en oro. Los mismos elementos aparecen de nuevo en el canto 16, donde Patroclo se viste para ir al combate, y en el 19, cuando Aquiles toma las armas forjadas por Efesto, a partir del verso 365. Las grebas lo primero se calzaba en torno a las piernas, bellas grebas con argéntea sevillas ajustadas.

Luego ya la coraza a ambos lados del pecho se calaba, y a los hombros terciábase la espada, puro bronce con el pomo de plata tachonado. Ahora embraza el fornido y grande escudo que a distancia irradiaba fulgor de luna llena. Otro rasgo característico de la composición homérica es el uso abundante de comparaciones, donde el poeta alcanza momentos de una riqueza expresiva y estética admirables.

Veamos en Iliada 2, versos 455 y siguientes. Como devastador incendio abrasa en la cima de un monte, selva inmensa, y de lejos la llama se columbra. Tal, en marcha, poniéndose las tropas del bronce prodigioso, se desprende relumbrante fulgor que al cielo sube.

Cual bandadas de moscas apiñadas, que dentro de un establo de pastores vagan en primavera, que de leche las cántaras rebosan, tantos en la llanura los saqueos de intonsa cabellera, en frente a los troyanos se alinean para su destrucción en ardecidos. Más adelante, y dentro del mismo canto, el arrojo de Agamenón se compara con el valor de un toro. Como un toro, que en medio la manada descuella altivamente sobre todos, y en un corro de vacas él campea, tal al hijo de Atreus, Zeus le hiciera descollar entre muchos aquel día, y campear entre los héroes.

Hacia el final del canto segundo, y después de la enumeración de los efectivos para la guerra… Nunca tal y tan grande hueste contemplado, pues a las hojas por extremo, o del mar a la arena parecidos, avanzar por el llano en son de guerra, a la ciudad derechos. En ocasiones, estos recursos técnicos, no sólo logran fuerte efecto poético, sino que también alcanzan profundidad de pensamiento. Magnánimo hijo de Tideo, ¿a qué fin me preguntas mi linaje? ¿Cuál es el nacimiento de las hojas? Tal es de los humanos el linaje.

De las hojas, unas esparce el viento por el suelo, otras, cría la selva florecida cuando llega sazón de primavera. Tal el linaje de los hombres, unos nacen, a par que otros fenecen. Con la lectura de estos textos de La Ilíada, nos despedimos de ustedes hasta nuestra próxima emisión.